

Recordar, compartir, aprender

Sevilla

Ángeles de los Santos: 74 años.

Daniel B. Parra: 30 años.

EL SECRETO DE LA MARQUESA

Ángeles de los Santos tiene una sospecha, alta y despierta como una luna. A sus 74 años, vive acosada por un rumor que podría desbaratar todo su presente. Ella, incansable, tenaz y curiosa, mira hacia atrás a diario con un único propósito: resolver un pasado lleno de misterios.

Contaban las lenguas indiscretas por los cafés de 1900 que una marquesa italiana, de ostentoso apellido y ademanes nobles, se refugió en Sevilla para esconder, a la sombra de la Giralda, su inesperado embarazo. Preñada sin buscarlo, sin quererlo y sin aceptarlo, fue obligada a abandonar su palacete de princesa y su Florencia natal para encerrarse en una casa cuna de la ciudad de Gustavo Adolfo Bécquer, donde, al cuidado de las siempre solícitas monjas, escondería sus vergüenzas y sus equivocaciones, impropias de una adolescente de sangre azul. La marquesita exiliada, que paseaba de incógnito por las calles de Sevilla y que se abanicaba de azahares junto al Guadalquivir, dio a luz a una niña llorona que jamás aparecería en su árbol genealógico. Ella, sin maletas y sin embarazo, volvió a su palacete de princesa y a su Florencia natal con la sonrisa ancha y la reputación intacta. Su hija, de la que no se separó sin dejarle un recordatorio de sus orígenes italianos –Bruna la llamó-, encontró una nueva familia, de sangre obrera y amores fuertes, en el Viso del Alcor, un pueblo pequeño y cálido de la provincia de Sevilla. Así lo recoge la leyenda...

Ángeles de los Santos vivió más de una década con un secreto que le quemaba las entrañas y también los labios. A los quince años, descubrió lo que todos se empeñaban en silenciar con la esperanza de que se llenara de olvido. La noticia la dejó sin pasado o, más bien, se lo cambió. Ella recuerda ese día con una claridad nítida, cuajado de detalles, “como si fuera ayer”. Ocurrió durante un paseo de domingo por la avenida de Miraflores, con la primavera ya exhibiéndose con todos los colores y en todos los jardines. “Mi amiga Rosa, que trabajaba para una familia adinerada y bien relacionada, me contó que en los círculos burgueses de Sevilla se aseguraba que Bruna, mi abuela, era la hija de una marquesa italiana”. Ángeles de los Santos introduce un largo silencio, arquea las cejas y abre los ojos hasta ponerlos redondos. Ésa debe de ser la cara que se le quedó aquel día al escuchar la noticia.

“¿No es fuerte mi historia?”, pregunta ella mirándome fijamente y asintiendo con la cabeza. “Yo me quedé tan asombrada que tardé años en confesárselo a mis hermanos. ¿Te imaginas ser la biznieta de una marquesa, ¡¡biznieta de una marquesa!!”. De nuevo, introduce otro silencio, igual de largo, igual de espeso, en el que aprovecha para dar un sorbo a su café con mucha leche. “Mira, se me ponen los vellos de punta”, dice colocando sobre la mesa su brazo desnudo, bajo el que quizás corra sangre azul. Ángeles habla con entusiasmo y con indisimulado orgullo de esa sospecha que la coloca a ella y a los suyos como descendientes directos de un linaje noble de la Toscana italiana.

La abuela Bruna es –aún hoy, medio siglo después de su muerte- el pilar de la familia, el vértice en el que confluyen todas las miradas, la bisagra con un pasado casi mágico donde hay castillos señoriales y títulos nobiliarios, el eslabón perdido de una estirpe de abolengo. Todo son elogios –y nada más que elogios- para la abuela Bruna, que se casó con Pedro, un señorito andaluz con buen ojo para los negocios, junto al que se mudó a un enorme cortijo en la Huerta Hierro, en uno de los barrios más reputados de Sevilla. Aunque la dulce Bruna se entregó con esmero a las tareas del campo: daba de comer a los cerdos, limpiaba de estiércol los establos, recogía los huevos de las gallinas, ordeñaba vacas y atrapaba conejos para el arroz, nunca perdió

su porte señorial, en el que Ángeles ve una prueba irrefutable de sus orígenes. “Ella era fina, finísima, -dice pronunciando mucho la s- y presumía de una elegancia natural que nos dejaba a todos embobados. Mi abuela era una aristócrata incluso recogiendo tomates”. Y añade con la seriedad de una sentencia para la que no cabe réplica: “Es que ser hija de una marquesa se lleva en los genes”.

Aquella noticia, que fue silenciada, enterrada, amordazada y contenida durante dos generaciones –ni la propia Bruna ni sus hijos quisieron, en vida, enfrentarse a ella- retumba aún en los oídos de Ángeles, que lleva casi sesenta años intentando poner orden a un pasado confuso y mil veces imaginado. “Me enteré de la noticia en 1950 y estamos en 2009. Echa las cuentas del tiempo que llevo queriendo saber la verdad”. Deja caer otro silencio, esta vez triste y pesado: “Todavía no tengo resultados”. Se lo ha planteado todo, hasta ir a la televisión: “Pensé ir al programa de Lobatón, pero me da vergüenza porque no quiero que la gente piense que voy a por el dinero o algo así”. Por lo pronto, ya ha iniciado, junto a su hermana Mercedes, las averiguaciones en el registro del Viso del Alcor. “Allí debe haber alguna noticia de mi abuela, algún dato que nos lleve hasta esa marquesa desconocida”, señala. La historia de Bruna no sólo parece un guión de película sino que tiene errores garrafales, también de película. Igual que un niño que confiesa una travesura, Ángeles baja la voz y revela: “Un tío mío me dejó, antes de su muerte, un papel escrito con algunas pistas sobre la marquesa. Decía quizás dónde encontrarla o de dónde venía. ¿Sabes lo peor? Que lo perdí”.

Ángeles siente una adoración vocacional por su abuela Bruna, a la que homenajeó poniéndole su nombre a uno de sus cuatro hijos. Ella confía en resolver el misterio y en aclarar, por fin, su pasado. “Todos tenemos derecho a conocer nuestros orígenes, ¿no?”. Sabe que la tarea está pendiente y que, si no se revuelve pronto, la heredará la próxima generación, como una maldición que pasa de padres a hijos y de hijos a nietos. “Todos los que tenían información sobre la marquesa ya han muerto. Sólo pido un poco de suerte para destapar la verdad antes de que pase más tiempo. ¿Crees que esta entrevista servirá de algo?”, me pregunta esperando una respuesta afirmativa. “Sí... Puede... Quizás... Nunca se sabe”, respondo. “¿No te parece fuerte? ¡Biznieta de una marquesa!”.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Los buenos recuerdos siempre obligan a hacer balance. No hay opción. El pasado que se agarra a la memoria tiende a ser comparado con ese presente que se va renovando día a día. Las vidas largas están llenas de momentos, personas, costumbres y hasta sabores que no superaron el paso del tiempo. Ángeles de los Santos se queja del pan. Sí, dice que el de ahora no es como el de antes, que no tiene la consistencia ni la textura de los que se cocían en los hornos de leña – “de leña de verdad, ¿eh?”-, que enmohece muy pronto y que la levadura se utiliza mal. La familia de Ángeles fundó, regentó y popularizó una de las panaderías más concurridas de la Sevilla de la posguerra. “Aún me acuerdo de las teleras de un kilo a 65 céntimos. No he probado un pan igual en mi vida”, dice como paladeando las palabras. “Y como eso, todo”, añade. “Las cosas cambian, para bien o para mal. Unas mejoran y otras, como el pan, empeoran”, explica frunciendo los labios. Ángeles habla con una nostalgia suave, con una sonrisa medio esbozada que no acaba de salir. “Con el paso de los años siempre queda la sensación de que no se aprovecharon los momentos, de que uno se entretiene lamentándose por el pasado o angustiado por el futuro... Yo, a los jóvenes, siempre os recomiendo: disfrutad, disfrutad, disfrutad... y nunca me canso de decirlo, pero disfrutad de forma sana, no con esas cosas malas de las que tanto se habla ahora”. Ángeles de los Santos ha sido –es- feliz. “Lo que más me gusta son las sorpresas”, reconoce. No puede quejarse. La vida le ha deparado más de una: “¿Te he contado que me tocó la lotería una semana antes de casarme?”. Y se le escapa una tímida carcajada.